

que los presidentes pasaban y ellos seguían en sus cargos.

Una de esas noches en que Antonio Rodríguez se sentaba en el porche de su casa, después de la dura tarea diaria en la dirección de las obras del canal de la Concepción, su esposa María le dio la noticia de que su padre había oído decir en el Cabildo que Álvarez y Arocha habían jurado vengarse de él, por haber traicionado a los canarios trabajando en la construcción del canal de la Concepción.

Él no se preocupaba, tenía la conciencia tranquila y nada podrían hacer contra él, estando protegido por los misioneros.

Yo, como cuñada de Arocha y Álvarez, tengo que decir algo en su favor, que quizá la gente desconocía. Ambos conocieron a mis hermanas en Lanzarote, antes de venir a América, por ello se casaron nada más verse en QUANTICLÁN.

Mientras Antonio Rodríguez estaba seguro de que, según le dictaba su conciencia, lo correcto era ayudar a la construcción del canal de la Concepción a los misioneros y no a sus compañeros canarios, en el Cabildo pensaban de forma muy distinta. Como le había dicho su esposa, Álvarez Travieso y Francisco Arocha no desperdiciaban ocasión en las reuniones del Cabildo, a las que no acudía Rodríguez por su trabajo en el canal, para hacer comentarios de su traición entre los colonos del pueblo. Así fue creciendo en la Villa un sentimiento de odio hacia Rodríguez. En definitiva, ya todos en el pueblo le culpaban de no poder regar sus tierras, por haber dirigido las obras del Canal de la Concepción antes que las de ellos. Esto hizo que aquél se fuera aislando de sus amigos y vecinos durante